

Rodolfo Oroz y la literatura

I r m a C é s p e d

*Universidad Metropolitana de
Ciencias de la Educación*

Elegancia, disciplina y rigor son tres virtudes fundamentales en el decir y en el hacer filológico y humano de Rodolfo Oroz Scheibe. Elegancia en el decir, disciplina en el pensar e investigar y rigor científico para organizar y proyectar obra y vida, conjugados en la integridad y laboriosidad de un maestro ejemplar.

Respeto por la palabra en todas sus formas evidencia su actividad filológica. Se crea en el decir y el amor a la palabra aflora en artículos y ensayos. Como maestro incorpora en su investigación a sus discípulos y ayudantes: con sencillez, sinceridad y entrega reconoce y valora el aporte de cuantos con él colaboran. Basta recordar cómo manifiesta su gratitud en *La Lengua Castellana en Chile*: “Es un grato deber para el autor expresar sus más profundos agradecimientos a todas las personas que ayudaron en las encuestas y la recolección de datos y, muy en particular, a la Srta. Dolores Bustamante, quien ordenó parte del material de este libro y se impuso la ingrata tarea de preparar el índice de palabras así como de revisar todas las pruebas” (p. 6).

Con profundo amor y diligencia de investigador se acerca al objeto de estudio elegido y con paciente esmero va desbrozando el camino para que emerja lo esencial. Su método, científico por definición, eminentemente objetivo y descriptivo, va del estudio y análisis del texto a la formulación de hipótesis que luego demostrará acuciosamente con ejemplos que el análisis previo le proporcionó.

Numerosos son los trabajos que el investigador dedica al campo de la literatura. Todos ellos altamente esclarecedores de problemas estilísticos, lexicográficos, gramaticales, etc. La edición de textos como *El Vasauro* de Pedro DE OÑA, los *Estudios Cervantinos* de José Toribio MEDINA, la edición y traducción de la *Historia de Apolonio de Tiro*, los numerosos estudios dedicados a Gabriela Mistral, son algunos de sus valiosos aportes a la investi-

gación literaria. En esta oportunidad, reflexionaremos sobre aquellos que más directamente han influido en nuestro hacer académico.

1. El Vocabulario del ms. Escorialense I.j.8, según la Biblia Medieval Romanceada (*BIFUCh* Tomo IV, 1944-1946, pp. 261-434).

Valioso y profundo estudio del material lexicográfico extraído de la edición que, en 1927, realizaron en Buenos Aires Américo Castro, Agustín Millares Carlo y Angel Batistesa.

Estudia aproximadamente mil trescientas voces romances en relación con las equivalentes latinas. El método conforme al cual se elabora este trabajo resulta altamente adecuado por su acuciosa rigurosidad y mereciera ser aplicado como base para todo estudio literolingüístico, especialmente en el ámbito de la literatura medieval.

I.- Descripción crítica del material elegido. En la Introducción brevemente analiza los manuscritos, lamentando que no se los haya editado en su totalidad; señala que otros aspectos debieran ser estudiados y restringe su campo al del Vocabulario.

II.- Valoración del esfuerzo humano que revela el objeto de estudio dentro del campo elegido, en este caso, el vocabulario. Analiza los aspectos intrahistóricos y estilísticos que determinan la elección de una voz determinada.

“El estilo, en conjunto, es llano, desprovisto de todo adorno retórico; sencillo en la esfera de lo material así como en la de lo espiritual. Sobre todo, en esta última, es escasa la matización de los conceptos, y es notoria, en general, la pobreza léxica del traductor, la falta de sinónimos frente a la abundante variedad de expresión que ostenta el texto latino. Basta ver algunos nombres como *tierra, rrio, enfermedad, peccado*, etc., o verbos como *comer, ferir, destruir, yazer*, etc.

Uno de los rasgos más sobresalientes es el esfuerzo del traductor por emplear, en lo posible, palabras del fondo patrimonial, voces populares. Esto se evidencia, claramente, en el vocabulario relativo a la esfera concreta, tanto con respecto a la naturaleza inorgánica como a las denominaciones de las partes del cuerpo humano, de los alimentos, de la vivienda, de las herramientas y de la agricultura.

En cambio, en la esfera de lo abstracto, en la terminología relacionada con conceptos religiosos, intelectuales y afectivos se deslizan algunos latinismos. Y esto no es sino natural, pues mientras que en la esfera concreta la mayoría de los vocablos existían en desarrollo popular, en el dominio abstracto éstos escaseaban, sobre todo por lo que respecta a los términos teológicos precisos.

A pesar de esta insuficiencia del léxico es de admirar la habilidad con que se elude el uso excesivo de cultismos” (pp. 262-264).

III - Ubicación del material lingüístico en el tiempo y en el espacio, a través del análisis del tipo de letra empleado, de los dialectismos y de otros caracteres lingüísticos observables. Conforme a la edición de la “Biblia Medieval Romanceada”, “el código revela letra típica del siglo XV; sin embargo, parece ser ‘una copia de otro del siglo XIII’. En efecto, la lengua presenta casi todos los caracteres de los monumentos más antiguos de la literatura española” (p. 272).

En relación con los dialectalismos anota:

“En cuanto a los rasgos aragoneses que se hallan en el ms. I-j-8, se ha advertido ya que éstos, probablemente, fueron introducidos en el original castellano por un copista de habla aragonesa, ya que ‘apenas afectan más que a la ortografía y a alguna que otra palabra’ (p. 273).

Y más adelante agrega que también se advierten aragonesismos y rasgos característicos del dialecto navarro.

IV.- Presentación del método elegido.

“Al presentar el material léxico de este texto no nos hemos dejado guiar por un principio de orden gramatical o etimológico, sino que hemos adoptado la clasificación de los vocablos en grupos ideológicos, porque es el único método adecuado para un estudio comparativo como el presente, ya que permite apreciar con más facilidad que cualquier otro, la verdadera amplitud o limitación léxica del traductor así como su autonomía o dependencia respecto del modelo latino” (p. 276).

V.- Presentación del material. Extenso estudio particular de mil trescientas once voces que son presentadas de acuerdo con una clasificación temática en el que se consideran diez aspectos: el universo, el hombre, la vida humana, la religión y la iglesia, el intelecto, el lenguaje y la escritura, fenómenos de la vida afectiva, cualidades y estados, el tiempo y espacio y lugar. Escogeremos algunos ejemplos para ilustrar el modo como analiza los términos.

46. **ribera** f.

lat. RIPA (Deut. III, 12)

Tanto *ri b a* como *ri b e r a* ocurren como sinónimos ya en el siglo XI (v. Oelschel., s. v.); en el Cid (634) se halla *ri b e r a* ‘comarca regada por un río’ (v. Cid, Voc.).

En los glosarios EM aparece *ri b e r a* (*r r i b e r a*) tanto por lat. LITUS como por RIPA.

En Calila e Dimna tb. se usa *r r i b e r a* por orilla del río; v. Pérez, p. 23. (p. 286).

51. espressura f. 'oscuridad'	lat. CALIGO 'oscuridad'
et eran en meyo tiniebras e nuf e espressura	erant que in eo tenebrae, et nubes, et caligo (Deut. iv, 11)
de medio del fuego e de la nuf del espressura	de medio ignis, et nubis, et caliginis (Deut. v, 22).

Este término, de factura más popular, es, a la vez, mucho más plástico y expresivo que 'oscuridad' (que emplea, por ej. Scio), pues da inmediatamente la impresión de una atmósfera densa y tenebrosa. Cf. Glos. EM CALIGO = e s c u r e l d a t (T. 622) (p. 287).

168. unicornio m.	lat. RHINOCEROS 'rinoceronte' (Núm. XXIII, 22; XXIV, 8; Deut. XXXIII, 17)
--------------------------	--

Ximénez (s. v.) dice "no te engañes en pensar, que Rhinoceros, y Unicornis (que los griegos llaman monoceros) sean lo mismo; porque el unicornio tiene el cuerno en la frente".

También Cipriano de Valera emplea en estos lugares *unicornio*. Parece que se debe esta traducción a la versión de los Setenta, pues ésta usa *μονόκερος* por el término hebreo *R e e m* que, sin embargo, no alude al número de cuernos (Cf. Vigour.).

Influido por esta antigua tradición bíblica se halla también Amat quien pone en su traducción la palabra *b ú f a l o*, ya que ahora se cree que el unicornio era un animal grande ya extinto de la familia del bisonte. (p. 301).

Reiteramos, aparte del enriquecedor estudio lexicográfico que nos aporta, en este artículo subyace un modelo científico que consideramos base fundamental para todo estudio de texto.

Un modelo similar encontramos en otras investigaciones, que son ejemplares análisis literolingüísticos. Lo ilustraremos con el estudio que el docto filólogo dedica a las cartas de Pedro de Valdivia.

2. La lengua de Pedro de Valdivia, *Boletín de Filología*, Tomo XI, 1959, pp. 133-189.

Indispensable resulta este estudio para un acercamiento a las cartas de nuestro conquistador. El análisis filológico y estilístico permite demostrar cuán gratuita resulta la afirmación de que la conquista de América, y en consecuencia la de Chile, fue obra de hombres ignorantes y analfabetos.

"Como hombre formado entre gentes ilustradas recuerda, a veces, hechos de la historia romana. Así compara, en dos ocasiones, la venganza del asesinato de Francisco Pizarro con la de Octaviano, diciendo que "su muer-

te fue tan bien vengada por el ilustre señor gobernador vaca de castro quanto lo fue por otauiano la de julio çesar” (I, 1, 18-20), frase que aparece repetida en la carta dirigida a Hernando Pizarro (III, p. 62).

Por otra parte, suele hacer gala de sus nociones de latín; pues cita varios pasajes de la Vulgata, como p. ej.: “ya que estábamos en punto de cantar *A te levavi anima mea*”, frase un tanto estropeada del salmo 142,8: quia ad te levavi animam meam; o *Noli me tangere quia Caesaris sum*, adaptando el versículo del Evangelio de San Juan: Dicit ei Jesus: Noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum (c. XX, 17), a su propia situación, para excusarse de pasar al servicio de Vaca de Castro, quien le había ofrecido el cargo de teniente (III, pp. 62 y 70).

Y luego, cuando sugiere al Emperador Carlos V, el nombramiento del R. P. Rodrigo González para el Obispado de Arauco, se vale, con ligera variación, de las palabras de la Epístola I de San Pablo a Timoteo (c. III, 1), “*qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat*” (VIII, 22, 39)” (pp. 133-134).

Con respecto a la autoría, Oroz anota que, de acuerdo con las costumbres de la época, las cartas seguramente fueron copiadas por diversos escribanos y secretarios:

“Basta un ligero examen de la escritura para darse cuenta que han intervenido varias manos en las copias respectivas. Parecen ser de una misma pluma las cartas, I, II, IV y VI (= A); de otra VIII, IX, X y XI (= B); revelan rasgos propios cada una de las tres restantes III (= C); V (= D) y VII (= E).” (p. 135).

No sólo la letra justifica esta clasificación propuesta por el Dr. Oroz; a la caligrafía se agregan significativos rasgos ortográficos y léxicos, destacando especialmente la carta VII.

El estudio de las particularidades ortográficas, fonéticas y gramaticales de las cartas demuestra las vacilaciones propias de la época en que fueron escritas. Aun el idioma no se encuentra plenamente fijado; recordemos que la lengua empleada en las cartas es coetánea y anterior a Nebrija.

El estudio del léxico revela que Valdivia maneja con propiedad y soltura vocabulario militar, jurídico, agropecuario, de pesca, náutico; incluso se permite acuñar neologismos, por ejemplo, llama a los partidarios incondicionales de Pizarro, *apizarrados*, e incluye indigenismos.

Entre los indigenismos que incorpora al castellano se encuentran, *yanaconas*, *cacique*, *maíz*, *papas*, *tambo*, *ynga*, etc.

Alguna similitud morfosintáctica parecen evidenciar las cartas de los conquistadores. El análisis del estilo se inicia con pertinentes consideraciones acerca de esta afirmación.

“En el plano sintáctico racional en que prevalecen los elementos intelectuales, el estilo de Pedro de Valdivia muestra, en general, los mismo moldes que caracterizan las cartas del conquistador de México, Hernán Cortés.

Aunque ya es muy común comparar a estos dos insignes capitanes, el paralelo que se suele establecer se limita, comúnmente, a poner de manifiesto tan sólo que ambos han sido excelentes cronistas de sus propias hazañas, constituyendo sus relatos una de las mejores fuentes para el estudio de determinadas etapas del descubrimiento y la conquista de América, sin que hasta el momento se hubieran sometido sus escritos a un prolijo examen filológico.

No obstante, con todo el paralelismo que pueda señalarse –mutatis mutandis–, en el campo de los procedimientos sintácticos no nos parece existir, en las cartas de Cortés, una clara dependencia del autor latino. Pero tal como se ha creído ver en el lenguaje de Cortés alguna similitud con los recursos estilísticos de J. César, se podrían descubrir igualmente en la lengua de P. de Valdivia coincidencias con la *caesariana syntaxis*. También en la prosa de Valdivia se observa una monótona repetición de la conjunción copulativa para comenzar una oración y enlazarla al mismo tiempo con lo precedente. A menudo, se inicia una frase con una cláusula absoluta (Ablativus absolutus), seguida de proposiciones conjuncionales o construcciones de infinitivo o gerundiales [...]

Sin embargo, nadie creará por eso que nuestro P. de Valdivia haya tenido presente la lectura de los *Comentarios* de César –si acaso los leyó alguna vez en su juventud–, para imitar, en sus cartas de relación, las construcciones del *Bellum Gallicum*” (pp. 180-181).

Pasa luego a destacar la espontaneidad y vigor descriptivo que caracteriza a todas las cartas, informes y memoriales enviados al emperador. Su estilo carece de artificio y afectación, aunque persisten rasgos un tanto arcaicos en la sintaxis.

Con estos análisis, el Dr. Oroz demuestra fehacientemente que nuestro decir chileno se forja fundamentalmente en la lengua que nuestros conquistadores y colonizadores trajeron a Chile y que “tiene en el aspecto sintáctico estilístico sus raíces en ‘la época de Nebrija’, mientras que en el plano estético, refleja las tendencias del ‘período de Garcilaso’, abarcando así los caracteres de toda la primera mitad del siglo” (p. 189), aplicando para ello la división que, para el siglo XVI propusiera don Ramón Menéndez Pidal, operando con los conceptos de artificio, complicación, sencillez y llaneza que expone en *La lengua de Cristóbal Colón*.

3. José Toribio Medina, *Estudios Cervantinos*, Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1958.

Entre las publicaciones más interesantes para el campo literario encontramos esta edición de siete trabajos que demuestran el interés de don José Toribio Medina por don Miguel de Cervantes y Saavedra.

El Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina fue creado en 1952, cuando se conmemoraba el centenario del nacimiento de Medina, por Ley N° 10.361, con la finalidad de “publicar las obras del señor Medina y las de aquellos autores chilenos y extranjeros que directamente se relacionen con los estudios realizados por él, ajustándose a una estricta investigación documental” (art. 2°).

Con cargo a estos fondos, se publicaron los artículos titulados “El Disfrazado Autor del “Quijote” impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández”, “El Lauso de “Galatea” de Cervantes es Ercilla”, “Escritores Americanos celebrados por Cervantes en el “Canto de Calíope”, “Cervantes americanista: lo que dijo de los hombres y cosas de América”, “Cervantes en Portugal”, “Cervantes en las letras chilenas” y el texto, comentado en un estudio crítico, de la (ad titula don José T. Medina) *Novela de la Tía Fingida*.

Precede a los trabajos de Medina un interesante Prólogo en el que el editor, Rodolfo Oroz, analiza y comenta el aporte de Medina al conocimiento de Cervantes. A la vez que ubica el trabajo de Medina en el contexto de la crítica cervantina, confronta su opinión con la de otros investigadores del tema.

Uno de los problemas que más interesa a Medina es el de la autoría de *La tía fingida* y la del Quijote apócrifo, pero su aporte no es esclarecedor totalmente, considerando que, con respecto al Quijote apócrifo, “después de más de dos siglos de infructuosas indagaciones realizadas para descubrir la personalidad de Avellaneda, este problema se ha convertido en uno de más larga tradición” (p. xix).

Entre los artículos editados en este volumen, destaca Oroz especialmente “Escritores Americanos celebrados por Cervantes en el “Canto de Calíope”. “De los cien ingenios celebrados por Cervantes en el “Canto de Calíope”, inserto en *La Galatea*, corresponden dieciséis a personalidades americanas. Medina reproduce íntegros los versos en que Cervantes hace el elogio de ellos, consignando a continuación, en orden alfabético, numerosos y valiosísimos datos biográficos y bibliográficos sobre cada uno de los escritores, salvo en el caso de Ercilla...

Constituye así, este librito de Medina, una fuente indispensable para cualquiera nueva edición de *La Galatea*” (p. xxvi).

4. *Historia de Apolonio de Tiro. La novela favorita de la Edad Media*. Edición bilingüe. Traducción y prólogo de Rodolfo Oroz, Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Universidad de Chile, s/a.

Bien conocida es para los medievalistas la historia de Apolonio, leyenda de origen griego conservada en numerosos manuscritos latinos y de la cual se hicieron versiones en lenguas romances, entre las que nos cabe recordar el *Libro de Apolonio*, escrito en 656 estrofas (cuaderna vía), hacia mediados

del siglo XIII. Se le considera uno de los más antiguos poemas del Mester de Clerecía.

La edición bilingüe de 1955, realizada por el Dr. Oroz, es un significativo aporte para el estudio de esta valiosa obra medieval. Como muy bien anota el investigador, "la leyenda del rey Apolonio de Tiro ya era conocida en el siglo VI, según consta en testimonios de esa época que aluden a ella... Luego se encuentran referencias en los siglos VII, VIII y IX y después aparece el manuscrito más antiguo que contiene la versión de la leyenda conocida con el nombre de *Historia Apollonii Regis Tyri* (siglo IX o X) Su composición, sin embargo, es muy anterior a estos testimonios y se remonta, al parecer, al siglo III" (pp. 7 y 8).

Si bien mantiene su vigencia hasta el siglo XVI, como otros mitos medievales, se pierde en los siglos siguientes y sólo reaparece en la edición parisiense de 1856, a cargo de J. Lapaume:

El texto primitivo fue restituido principalmente sobre la base de dos mss., uno florentino (Bibl. Laurentiana), más antiguo, pero fragmentario, del siglo IX o X, designado como A, y otro parisiense (4955), tardío, del s. XIV, designado como P.

La primera edición crítica moderna es la de Alexander Riese, Leipzig 1871, basada en un arreglo de varios mss., a la que le siguió, en 1887, la de Michael Ring, quien dio a conocer el ms. parisiense 4955 (P). A. Riese hizo después, en 1893, una segunda edición, para lo cual utilizó los mss. AP, dando, sin embargo, la preferencia "eis locis, quibus pari bonitate sunt", a la versión de A, por ser el ms. más antiguo. Agregó, además, una versión más reciente, la oxoniense del s. XI (B) cotejada con varios otros mss. del mismo grupo.

Para la presente versión española nos hemos servido de esta segunda edición de Alexander Riese (pp. 8 y 9).

La traducción de Oroz conserva el ritmo, la gracia y la ingenuidad propias de las versiones primitivas. Leamos esta vívida descripción de una tormenta que se desata cuando Apolonio decide hacerse a la mar; huyendo del rey traidor Antíoco, dirige su nave hacia la Pentápolis Cirenaica para ocultarse de su ira y de su venganza: "Al cabo de dos horas de navegación, cambió la constancia del mar [...]

Se levanta una tempestad que con ígnea luz ilumina el orbe. Eolo, con soplo que trae lluvia, castiga el mar agitado por la tormenta. El noto envuelto en profundas tinieblas, rompe las olas y revuelve las masas del océano. De ahí viene rodando el viento norte, y ya no hay agua suficiente para el viento del Este. En los estrechos alborotados sólo queda la arena. Todo se mezcla con las olas del reflujó. El mar golpea el firmamento y las estrellas. La tempestad se concentra en sí misma; las

nubes llegan al mismo tiempo que el granizo, la nieve, los vientos, las olas, los relámpagos, las tempestades. El rayo vuela al viento; ruge el mar conturbado. Hostigan el noto de una parte, el aquilón de otra y el horrible ábrego de aquí y de allá. El mismo Neptuno con su tridente dispersa las arenas. El Tritón con su terrible cuerno canta en las aguas. (p. 37).

Contrasta esta descripción casi lírica, con la voz del narrador que nos cuenta cómo se salvó Apolonio y la caridad con que lo acoge un anciano:

Entonces cada uno coge unas tablas, y la muerte se anuncia. En aquella tenebrosa tempestad perecieron todos. Sólo Apolonio, abrazado a un tablón fue llevado a las playas de Pentápolis. Mientras Apolonio estaba desnudo en la orilla, contemplando el tranquilo mar, dijo: “¡Oh Neptuno, soberano del piélago, engañador del hombre inocente, me conservaste desvalido y pobre, sólo para que sea perseguido más fácilmente por el crudelísimo rey Antíoco! ¿A dónde, pues, iré? ¿A qué parte me dirigiré? ¿Quién mantendrá al desconocido?”. Y mientras regaña consigo mismo, de repente, ve un anciano cubierto con sórdido sayo. Y prosternándose a sus pies, deshecho en lágrimas, dijo: “¡Ten piedad de mí quienquiera que seas, socorre al náufrago y necesitado, no nacido en humilde cuna! Y para que sepas a quién compadeces, yo soy Apolonio de Tiro, príncipe de mi patria. Ahora, oye la tragedia de un hombre en desgracia, que a tus pies pide auxilio. Dame cómo vivir”. Así el pescador, tan pronto como vio al joven de rodillas, lo levantó, movido por la misericordia, y tomándolo de la mano lo condujo hacia su casa, y le dio a comer las cosas que pudo ofrecerle y para satisfacer aún más su sentimiento misericordioso, se quitó su manto, lo dividió en dos partes iguales y dio una al joven, diciendo:

“Toma lo que tengo y vete a la ciudad: tal vez encuentres quien se compadezca de ti. Y si no encuentras a nadie, vuelve aquí y conmigo trabajarás y pescarás: sea cual sea la pobreza, habrá lo suficiente para los dos. Sin embargo, te advierto que cuando, con el favor de Dios, hayas vuelto a tu ciudad natal, deberás acordarte de las angustias de mi pobreza”. Le contestó Apolonio: “Si no me acuerdo de ti, que sufra de nuevo un naufrago y no encuentre otro igual a ti” (pp. 37 y 39).

Palabras conjuradoras del destino, por cuanto, pese al cambio de fortuna junto al rey Architrastes, olvidará a su benefactor. Al no cumplir su voto, se expone a las desventuras que él mismo conjuró.

Efectivamente, el náufrago es acogido por el rey e invitado a su palacio, donde, tras demostrar su excelencia real, termina casándose con la hija del rey.

En este momento, Apolonio debiera haber recordado al anciano de quien recibiera la primera ayuda. La felicidad lo hace olvidar su voto y, habiendo sabido la muerte de Antíoco, se embarca, con su mujer próxima a dar a luz, para reclamar su reino. En el viaje pierde a su mujer a la hija recién nacida,

lo que le significará un profundo dolor que lo impulsa a dejarlo todo y dedicarse al comercio. Tras de catorce años –no olvidemos que es una novela bizantina que une viajes, aventuras y desventuras y, sobre todo, enredos– recuperará a los seres amados.

Así como sus desdichas se inician adivinando enigmas, serán ellos los que le devuelvan a su hija, cuando, sumido en su pena, se niega a participar en las fiestas de Neptuno, en Metilene. Enviada por Atenágora, el príncipe de la ciudad, Tarsia, la hija perdida, trata de consolar al triste anciano. Ante su repulsa, la niña le pide que resuelva algunos enigmas y entonces ella lo dejará en su dolor.

El enigma sólo puede ser resuelto por pares, es decir, por quienes conocen el secreto que se demanda. Es un verdadero examen en el que el interrogador prueba el grado de sabiduría del interrogado. Diez veces interroga la niña y obtiene sendas respuestas correctas que la admiran a la vez que Tarsia despierta la admiración de Apolonio.

Demuestra su conocimiento en lo humano y en lo divino. Sólo desea permanecer en su dolor. Tarsia, llorando, narra su historia, permitiendo la anagnórisis, el reconocimiento. Así como recuperó a la hija, recupera a la esposa. Se cerró el círculo de la historia, pero aún queda un punto: el castigo de los traidores y el premio de los buenos, lo que implica el cumplimiento del voto inicial.

No se puede menos de admirar la penetración y sensibilidad del investigador, que ofrece esta hermosa versión castellana para deleite de los lectores actuales, y que permite a los investigadores conocer y estudiar una de las posibles fuentes del Libro de Apolonio en España, de la *Istoria di Apollonio di Tiro*, de Antonio Pucci, Venecia 1486 (?) o de la adaptación francesa o inglesa que sirvieron de base a Shakespeare para su drama *Pericles, Prince of Tyre*.

5. *El Vasauo*. Poema heroico de Pedro de Oña.

Editado por primera vez, según el manuscrito que se conserva en el Museo Bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, con Introducción y notas por Rodolfo Oroz, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1941.

Nuestro erudito filólogo inició la publicación de *El Vasauo* en 1936, en los Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección Filología, 1, 2 y 3, pp. 174-239, pero sólo en 1941 pudo completar la tarea que se había impuesto.

Precede al texto de Oña un exhaustivo estudio acerca del manuscrito y del estilo de la obra. Ninguna aproximación al poeta angolino podrá prescindir de este trabajo altamente esclarecedor y notable aporte para comprender la época y la obra.

Mediante el análisis crítico del manuscrito, Oroz logra establecer que se trata del propio original de Oña, hipótesis que confirma atendiendo a correcciones que sólo pueden provenir de la mano del propio autor, como por ejemplo:

78. Calle la Egipcia Reyna generosa,
que a su Romano Antonio vezes tantas
dio cena, dio comida tan costosa;
que aun tu de oir lo (antiguedad) te espantas.
calle la mesa mas que portentosa
de Assuéro entre las fuentes, i las plantas:
que, si en magnificencia iguales fueron;
no tres tan altos huéspedes tuvieron.

79. Puestos dexo la música en oluido
al cuyo accento alçó el Tebano muro,
al que del bordo al mar saltó atreuido,
i a tierra en su Delfin salio seguro:
al Trácio, que perdio, por mal sufrido,
la prenda, que saco del centro escuro.
mas ni ay sufrido amor, ni amor secreto;
ni (fuera de angel) músico discreto.

78-1. Aparecía *Calle la Egipcia Reina poderosa*: y fué borrada la palabra *poderosa* y a continuación escrita *generosa*.

79-3. Borrada la palabra *seguro* y corregida a continuación por *atreuido* (p. 35)

Y como éstas señala unas cuarenta correcciones, agregando la siguiente observación:

“Existen, además, dos anotaciones marginales, de letra diferente de la del texto, que no se justificarían, si no se hubiesen puesto en el original. Pues su fin era, evidentemente, el de señalar al autor alguna deficiencia que pudiera haber remediado antes de publicar el poema.

Pedro de Oña tal vez no creyó indispensable hacer una modificación en esos casos y borró las notas. La primera de éstas, en latín, se refiere a una cuestión estilística, formal [Ver VI, 88, 1.] y la otra, a una duda respecto de un detalle de la composición. [Ver VII, 12.]” (p. xv).

De paso observemos lo acertado y enriquecedor de las notas con que ilustra el texto:

13. Quando la incierta bien, la mal jurada [Fol. 3 rº]
Princessa, en sus desdichas innocente,
vanderas tremoló de gente armada,
i resonó su trompa el Dios fremente:

